

Fundación Juan March

poética y POESÍA

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Madrid MMX



Luis Antonio de Villena

PYP

Fundación Juan March

Madrid MMX

Cuadernos publicados:

1. Antonio Colinas
2. Antonio Carvajal
3. Guillermo Carnero
4. Álvaro Valverde
5. Carlos Marzal
6. Luis Alberto de Cuenca
7. Eloy Sánchez Rosillo
8. Julio Martínez Mesanza
9. Luis García Montero
10. Aurora Luque
11. José Carlos Llop
12. Felipe Benítez Reyes
13. Jacobo Cortines
14. Vicente Gallego
15. Jaime Siles
16. Ana Rossetti
17. José Ramón Ripoll
18. Jesús Munárriz
19. Juan Antonio González-Iglesias
20. Pureza Canelo
21. Jordi Doce
22. Amalia Bautista
23. Vicente Valero
24. Javier Rodríguez Marcos
25. Olvido García Valdés
26. Luis Antonio de Villena

poética y POESÍA

2 y 4 de marzo de 2010
© Luis Antonio de Villena
© de esta edición Fundación Juan March
Edición no venal de 500 ejemplares

Depósito legal: M-4402-2010
Imprime: Ediciones Peninsular. Tomelloso, 27. 28026 Madrid

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Estilo: nuevo paganismo, moral nueva

Me creo un poeta de vocación, pero no lo noté de inmediato. Sí tuve claro, desde mi adolescencia, que yo quería escribir, que me llamaba la escritura, aunque inicialmente fue el ensayo lo que reclamó más mi atención, alrededor de mis trece/catorce años... Cayó en mis manos una *Mitología griega* divulgativa y la leí, entusiasmado. Me encantaron aquellos dioses que parecían hombres, pero que en todo ponían –como un fulgor– belleza y brillo. Magia. De alguna manera nació en mí (y no se tome como pedantería) una clara vocación de «sabio». De hecho, por aquellas fechas soñaba con ser egipólogo. Algo más tarde (apenas habría cumplido 15 años) leí una biografía de Francesco Petrarca. Como es lógico el biógrafo resaltaba la insigne calidad lírica de sus sonetos, pero hacía hincapié también en otros aspectos que sólo suelen aparecer en biografías o estudios más especializados... Petrarca fue un gran, un insigne humanista, que buscó y halló manuscritos antiguos (algún discurso de Cicerón, por ejemplo) y que además de escribir importantes obras en latín (su célebre *Secretum* verbigracia) estaba tan interesado en aprender griego, que no dudó en viajar al sur de Italia donde le habían dicho –y era verdad– que quedaban aún aldeas grecohablantes, sea como remoto vestigio de la Magna Grecia, o por el más reciente paso de los bizantinos por aquellas latitudes... Yo amaba ese afán de aprender, pero algo surgió en tal afán como complementario. Humanista y sabio como era, Petrarca también había sido poeta, ergo yo debía escribir un soneto, como él

hizo. Verdaderamente en mi vida me había visto en tal aprieto. ¿Cómo se hacía un soneto? Sólo se me ocurrió buscar primero las rimas de cuartetos y tercetos y después ver como (en poema de amor) llenaba las sílabas restantes hasta el endecasílabo. Por fortuna tenía una vecina de mi edad, en verdad guapa, que se llamaba Susana. El nombre (real) importaba mucho, pues en español la rima consonante «ana» es bastante fácil (gana, manzana...) lo que me resolvía algo más de la mitad del invento. Por buena dicha no he conservado ese soneto que debía ser francamente malo. Pero he aquí que, sin darme cuenta, me había hecho poeta –buscando ser sabio– y hasta hoy no lo he dejado. Si debo definir mi obra (muy plural, incluyendo el periodismo) tenderé a decir que es la obra de un poeta. Cocteau hablaba de sus «novelas-poesía», «cine-poesía», «dibujo-poesía», etc... A mí me gusta sentirme dentro de una similar atmósfera, donde la poesía lo gobierna todo. Pero, en el tiempo del primer soneto, si ya era poeta, la poesía total y carnalmente (más allá de Petrarca o de Lope, que ya es) aún estaba por llegarme...

* * *

Es posible que mi primera experiencia trascendente con la poesía la tuviera leyendo a Manuel Machado. Yo seguía la literatura al ritmo que me la enseñaban en mi buen Bachillerato de Letras, y aunque, por supuesto, me habían gustado muchos autores del Siglo de Oro, de los

que incluso me sabía poemas de memoria, no había sentido aún que la poesía afectaba a mi psique, a mi intimidad honda, hasta que una noche, solo en mi cuarto de estudiante, leí en voz alta un poema-autorretrato de *Alma* de Manuel Machado titulado «Adelfos». Un poema escrito durante su estancia en París en 1899. Comienza así: «Yo soy como las gentes que a mi tierra vinieron / –soy de la raza mora, vieja amiga del sol– / que todo lo ganaron y todo lo perdieron. / Tengo el alma de nardo del árabe español»... Al ir leyendo en alta voz este poema (que no es breve) sentí cómo unas lágrimas, aparentemente inmotivadas, recorrían, lentas, mis mejillas. La explicación no era rara: el poema hablaba de mí, aunque yo era apenas un adolescente. «De mi alta aristocracia, dudar jamás se pudo. / No se ganan, se heredan, elegancia y blasón... / Pero el lema de casa, el mote del escudo / es una nube vaga que eclipsa un vano sol.» Con Manuel Machado (al que después releí y estudié, cuánto debemos muchos a su libro *El mal poema* de 1909) descubrí algo que es elemental después, y muy misterioso al inicio: La mejor poesía, por personal que parezca, habla de todos. Y yo, que ya era melancólico sin apenas saberlo, fui además esa suerte de retratado príncipe árabe-español... No tuve ninguna duda.

El modernismo en nuestro idioma (y el parnasianismo y sobre todo el simbolismo francés) me cautivaron, de manera que empecé a leer vorazmente a todos esos poetas y a escribir como ellos. Lo curioso es que uno de los

españoles que más me interesó (en sus libros primeros, numerosos) era un almeriense al que creía yo punto menos que redescubrir, después de su muerte —ya como poeta muy venido a menos— en abril de 1936: hablo de Francisco Villaespesa. Me gustó mucho, aunque su influjo quedó eclipsado por los Machado, Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez —ahora el simbolista esencialmente— y poetas de nuestra América como Rubén Darío —que se estudiaba en el Bachillerato español—, Julián del Casal o José Asunción Silva, más Verlaine, Rimbaud, Samain, Laforgue, Henri de Régnier... Por ahí anduvieron mis principios. Y todo ese complejo mundo de «entresiglos» jamás ha dejado de interesarme, también como estudio. Nada extrañará, después de esto, conocer que yo escribí al filo de los 16 años mi primer libro de poemas (prácticamente modernista) titulado —no podía ser menos— *Aromas de ensueño*.

* * *

Tras haber leído mucho a Lorca y a Juan Ramón Jiménez (más allá entonces del primer simbolismo) uno de los primeros poetas a los que más debo y que más me emocionaron, apenas entrado en la Universidad, fue el norteamericano Ezra Pound, un vanguardista adelantado y contumaz y un gran enamorado del clasicismo y de la gran cultura toda. No creo exagerar un ápice, si digo que, hacia 1969, yo era un poundiano absoluto. Pero es cierto

que sus poemas «imaginistas» me gustaban mucho más que sus *Cantos* o *Cantares*, pues usó la voz española que remitía a los medievales cantares de gesta. Aunque los ensayos de Pound son desordenados (y en eso no pueden compararse al academicismo de los de Eliot) yo los leía, no sólo por el entusiasmo que destilan, sino porque, como su autor, abren a la poesía muchos nuevos o renovados ventanales: los trovadores provenzales, los poetas chinos antiguos (y su conexión con el Japón) y claro está la poesía griega y la latina que, en sus mejores momentos, que no son pocos, son fabulosamente modernas. Pensemos en Catulo o en Propertio, verbigracia.

Recuerdo un breve poema que reclama la independencia semántica del fragmento, el juego que con la imagen puede hacer el lector ensanchando sus connotaciones, pero que no puede entenderse en su fundamento único o básico sin cierto bagaje cultural. El poema dice:

«PAPYRUS
Spring.....
Too long.....
Gongula.....»

(Papiro. Primavera...../Demasiado largo...../Gongula.....)

Uno (como lector) puede jugar con las múltiples posibilidades que las palabras descontextualizadas –aparen-

temente— ofrecen, pero en realidad Pound hacía un temprano y exquisito homenaje a Safo de Lesbos. (El poemita pertenece al libro *Lustra*, 1915, uno de los mejores de Pound) Sin embargo, sin excluir nada de lo dicho, el lector más avisado ha de saber que a principios del siglo XX se hicieron muy importantes hallazgos papirológicos en Egipto, entre los que se hallaron nuevos fragmentos (a veces brevísimos e incompletos) de poemas de Safo que no se conocían. «Gongula» es el nombre propio de una de las amigas o alumnas a las que la dama de Lesbos cita más de una vez en su poesía, y el título del poema, «Papiro», nos suministra la clave que faltaba. Culto y vanguardista a un tiempo, Pound nos ofrece la transcripción de un papiro sáfico, con sólo unas palabras significativas (no en el mismo renglón) y un nombre que el experto llevará enseguida al contexto de aquel gineceo de Mitilene. Esa mezcla de lirismo y saber es lo que hallaba en mí asentimiento pleno.

Algo parecido (y distinto) hizo el viejo Pound en su *Sestina: Altaforte* —un poco anterior, de su libro *Personae* de 1909—. Pound rescata la alambicada estrofa, apenas usada desde el Barroco, y que había nacido en la Provenza medieval con Arnaut Daniel, el refinado poeta al que Dante llamó «il miglior fabbro», pero hace que el contenido del poema (un elogio de la guerra y de la acción) esté puesto en boca de otro antiguo trovador, Bertran de Born, que había escrito una «cançó» (no una sextina) o un «sirventès» en elogio de la guerra. Es el que comienza: «Be-m platz lo

gais temps de Pascor / que fai fuolhas e flors venir...» y que al final (como en el poema del norteamericano) menciona el nombre de su juglar, «Papiols». Pound utilizaba dos miradas en un solo argumento... Es posible que los *Cantos* (la última producción de Pound, y a pesar de algunos magníficos fragmentos) sean un sublime fracaso. No resulta la épica contemporánea que el autor buscaba y sin embargo (como en el *Finnegan's Wake* de Joyce) asistimos a un atisbo de suicidio de la literatura —en poesía o en prosa— en el sentido de que ambas obras de envergadura representan «culs de sac», esto es, caminos sin salida para la obra literaria, que por tal senda no llega a la «aliteratura», como se dirá más tarde, sino llanamente, a la imposibilidad de escribir, a la total quiebra comunicativa...

¿Disfruté con *The waste land* de Eliot, su reputadísima *La tierra baldía*? Desde luego, pero quizá más tarde lo saboreé mejor. Aquel era el momento de Pound, como después llegaría el turno del exquisito Wallace Stevens, cuya huella creo voluntariamente perceptible en mi libro *El viaje a Bizancio*. Los maestros se suceden y aún se dejan atrás —es lo lógico— pero nunca se olvidan, no sólo porque sería una falta de gratitud, sino además porque no puedes. Son ya tu médula. Y a más nutrida, mejor.

* * *

Creo que fui, en mis principios, un «novísimo» sin saberlo. De esos poetas contemporáneos míos (soy sólo al-

go más joven y con alguno de ellos he tenido, tiempo adelante, buena amistad) yo no leí nada sino hasta 1970, sin embargo mi bagaje o experiencia cultural y mi sentido cultista –pero muy lírico– de la poesía, seguían, sin saberlo yo que andaba por los «ermetici» italianos (Quasimodo era el que entonces me gustaba más), un sendero prácticamente idéntico. Cada cual ha llegado donde ha llegado (los resultados son desiguales y diferentes) pero nuestros inicios, incluso sin buscarlo, están muy ligados. Por eso tienen razón quienes dicen que las generaciones poéticas –con las excepciones pertinentes– tienen sentido al principio, se desflecan a la mitad porque cada cual busca su propio sendero, y acaso vuelvan a «arreguntarse» hacia el final, cuando «la generación» entra en los manuales de literatura y formar parte de su nómina no sólo prestigia sino que incluso da dinero, porque «la generación» (el 27 ha sido un caso paradigmático) se vuelve, más allá, pero no contra la literatura, un auténtico producto de mercadotecnia...

Me gustan varios poetas de mi generación –pero no todos– aunque, como es natural, en general y muy ampliamente, sus obras mejores están en la madurez y no en aquel inicio. Yo el único libro «novísimo» que admiré entonces (1970) fue *Arde el mar* de Pedro Gimferrer, del que nada supe cuando salió en 1966 (yo tenía 15 años) hallándome, además, en pleno clasicismo aurisecular y colegial. Aunque alguna lectura posterior no me ha devuelto la vibración de entonces, en 1970, *Arde el mar*

(dentro de lo que yo conocía) era el mejor libro –apasionado– de la joven poesía española. En realidad (y aunque tenga otras muchas tangencias) estoy seguro de que mi primer libro publicado *Sublime Solarium* (1971) es, entre otras cosas, un intento de ir más allá que *Arde el mar*, cosa que conseguí seguramente si hablamos de manierismo, de sintaxis y de decadencia o de culturalismo incluso. De exceso, en suma. Lo demás son juicios en los que no debo ni quiero entrar por ahora.

El mundo de los «novísimos» (que nació con la antología de Castellet) pero que la supera ampliamente, se cumplió con esa más otras dos antologías que la completaron y sucedieron en menos de un año, la de Martín Pardo (donde, entre otros, estaban Colinas y Siles) y la de Antonio Prieto –profesor mío en la Universidad– *Espejo del amor y de la muerte*, donde salía yo con otros cuatro amigos, todos madrileños. No fueron –como creyeron algunos– antologías de poesía joven contra la de Castellet, sino al contrario, antologías de poesía joven que intentaban ampliar y matizar, agrandar en suma, la del crítico catalán, tan nombrado como denostado por sus diversas antologías del día.

Creo que la de los «novísimos» (en el sentido amplio ya aludido) es una generación truncada, porque sus miembros –hasta hoy– hemos tenido muy poco espíritu de cuerpo, y al contrario han menudeado las zancadillas y las rabietas personales entre algunos de sus partícipes, acaso demasiado egotistas. Pero, pese a ello, yo nunca he can-

tado la palinodia de mis orígenes. Comencé (entusiasmando) en esa poesía novedosa, moderna, cultista y esteticista, y jamás me he arrepentido de ello. Lo pasé muy bien escribiendo los poemas de aquel tiempo e hice entonces, item más, lo que me apetecía hacer y lo que creía que era conveniente. Naturalmente, como todos de un modo u otro, ahora estoy de aquello muy cerca y muy, muy lejos. En otro mundo, que no hubiera podido existir sin aquel, tan juvenil y abolido. Un mundo que (creía yo) de algún modo penetraba también mi vida. La del jovencito que empezaba a saber del dandismo.

* * *

Los clásicos grecolatinos –tan abandonados hoy, según parece, en los planes de estudio– fueron para mí un encuentro decisivo. No sólo por la calidad (y modernidad) de muchos de sus poetas, sino porque su literatura y su mundo me llevaron –me siguen llevando– a un territorio del que me considero ciudadano. No sería un romano de la República, sería un griego del oriente helenístico, un griego de Antioquía, por ejemplo. Aunque me bautizaron (porque cuando yo nací en España no había libertad religiosa, se era católico por obligación, y así había, por fortuna, tantos malos católicos) desde que pude juzgar –y estudié latín desde los doce años– me sentí pagano, heleno. El mundo antiguo era deficitario, obviamente (desde nuestro hoy) en libertades políticas, pero era rico en plu-

ralidad moral. Y esa pluralidad —que da muchos dioses y seres divinos— y su culto a la ética como amor propio y a la belleza, como cualidad del cuerpo y de la psique, me enamoraron para siempre. Nuestro Occidente es la fusión de Atenas y Jerusalén pasando por Roma, y hablo de símbolos. Pero, muy a menudo —y no ya en los estudios sino en la vida— Jerusalén ha querido y quiere sobreponerse por el medio que fuere a Atenas. Mi deseo es al contrario. Me gustaría que Atenas ganara siempre a Jerusalén, porque no seré yo quien inventaría los terribles daños que el mundo debe (directa o indirectamente) a las llamadas «religiones del Libro», las más sanguinarias de la sanguinaria Historia. Ser «decadente» y ser «pagano», desde la adolescencia, ha sido para mí timbre de gloria. La decadencia se complace en un final por puro anhelo de renovación. Y el paganismo es belleza física y pluralidad moral, el ámbito donde mejor se entiende que la libertad colectiva comienza por la libertad individual (algo que aterra a los gobiernos de ahora) de modo que no hay en modo alguno sociedades libres si no existen previa o primeramente individuos libres. Por pagano y decadente he venerado la libertad individual, sabiendo que si esa llama existía de verdad, llegaría luego a todos. Hablo de la vida y de la historia, es decir, no he dejado de hablar de poesía.

Todavía estudiante asistí a un seminario que daba sobre Safo Manuel Fernández Galiano a las ocho de la mañana, y eso que siempre detesté madrugar. Safo, Anacronte, Píndaro, Teognis me hablaban (me hablan)

en una poesía clara y honda, resplandeciente de culta o sabia belleza, de una vida que se rige por una moral no semítica. Yo sentí siempre que esa moral era la mía. Pero si los ideales de la Hélade arcaica podrían parecer, aunque bellos -pues tanto se preocupaban de la belleza- muy arcaicos, no se podía decir lo mismo de las grandes urbes helenísticas y de la propia Roma, mucho más cercanas en todo a nuestro concepto actual de magalópolis. Ο παις ο καλός, era una expresión escrita en muchas cerámicas áticas: «El muchacho es hermoso». Algo que, aparentemente, nosotros no podíamos decir. Poco a poco, yo iba sintiendo que decirlo (junto a otras muchas cosas en las que la libertad jugaba un muy importante papel) formaba parte de mi vocación y de mi camino poético. Cavafis y Cernuda -por citar sólo dos ejemplos queridos- lo supieron antes que yo. Cuando a partir de mi libro *Hymnica* (1979), donde había sucumbido no sin una buscada pátina cultista a la necesidad de hablar de mí mismo, renació en España una cierta moda de poesía homoerótica, a cuyo origen yo fui involuntariamente próximo y que desde luego no se había dado de un modo tan directo desde algunos poemas de Luis Cernuda (recordemos *A un muchacho andaluz* en *Invocaciones*) algunos críticos cortos o malintencionados o ambas cosas a la par, hablaron de la moda «cernudiano-cavafiana». ¿Por qué no haber hablado de Auden y de Anacreonte? ¿O de Catulo y Porfirio Barba Jacob? ¿O de António Botto, el portugués, y Píndaro dedicando su amor a Teóxeno? ¿Y no se olvi-

daban, en España mismo, de Juan Gil-Albert mucho más cerca? Quizá para ellos, contra su cortedad literaria y moral, compuse la antología general de la poesía gay-lésbica titulada *Amores iguales*. Mi libro *Hymnica* (como después *Huir del Invierno*, 1981, que fue Premio Nacional de la Crítica) no hizo sino reabrir una vasta y fecunda tradición, pese a las interdicciones que ha soportado. Quizás hoy no se podría ya formular –sin vergüenza– aquella corta simpleza. Es verdad que poetas como Pablo García Baena, Jaime Gil de Biedma o Francisco Brines no habían estado (cada cual en su rumbo y manera) ajenos a esa tradición, pero si hasta entonces hablaban con sobrentendidos, a partir de ese momento se abrieron a la normal claridad, cuando era preciso. Yo estaba en la misma tradición plural que todos ellos, pero el contacto con el mundo grecolatino y una suerte de inocencia al escribir de mi mismo que acaso pudiera denominar «pagana» por su absoluta falta de conciencia de error o pecado, me permitieron volver a abrir esa vieja senda en unos años en que la palabra «libertad» sonaba como una general premisa política intocable. ¿Podríamos hoy decir lo mismo con igual nitidez? ¿No hay partidos que sueñan, disimuladamente aún, con recortar las libertades individuales, esencia de cualquier libertad, como ya quedó dicho?

Para mí el mundo de la Antigüedad grecolatina ha sido siempre (y continúa siéndolo) un manantial de información, modernidad, placer y delicia. Además, quien ignore el mundo grecolatino –su cultura– ¿podría leer con

un mínimo de certidumbre a los autores auriseculares de cualquiera de las grandes culturas de Occidente? Sin Homero, sin Virgilio, sin Séneca, sin Sófocles, sin Horacio ¿puede entenderse cabalmente a Racine, a Shakespeare, a Garcilaso o a Góngora, por citar ejemplos a vuelapluma? Y aún más ¿podría leer a muchos modernos o contemporáneos? Pocas veces he trabajado en un libro con mayor placer como cuando, hacia mis 25 años, pude hacer para la desaparecida editorial Júcar un librito (introducción amplia más antología bilingüe) sobre Catulo. Aquel mi juvenil «Catulo» se publicó en la primavera de 1979, aunque llevaba concluido más de un año... Poco después acometí la tarea de traducir el libro XII de la *Antología palatina*, el dedicado al amor y la pasión homoerótica, que recopiló en el siglo II Estratón de Sardes, con el título de *La Musa de los muchachos*. Mi versión (hasta donde sé la primera completa al español) se editó en 1980. La pluralidad moral es una de las opciones múltiples que más está costando conseguir en un Occidente respetuoso y laico, en primer lugar por la tenaz oposición de las llamadas «religiones del Libro» y en especial, en nuestro caso, del catolicismo oficial, tan anticuado y tan cerrado...

* * *

Generalmente los poetas de una determinada época vienen marcados (es uno de sus puntos obligados de tangencia intelectual) por su relación con los poetas de la

promoción anterior. Como algo he podido ya adelantar, en mi primera juventud –en mis años universitarios– los poetas más afines a mí, y yo con ellos, desdeñábamos –tal vez con una natural injusticia– todo lo que oliera a «poesía social». La Universidad antifranquista de aquel momento (por lo que me dicen, y con todo, más rica que la de ahora en lectura e inquietudes) estaba llena de cierto Antonio Machado, de Miguel Hernández y de Gabriel Celaya –algo también de Blas de Otero–, a veces musicados y cantados (lo que ayudaba no poco a su difusión) por Paco Ibáñez. Nosotros estábamos en contra de todo ello, después, claro está, habría que hacer muchas matizaciones. Ciertamente que la «generación del 50» (la anterior a la mía, y entonces todavía de eco minoritario, acaso exceptuando a Gil de Biedma) también tenía una veta «social», pero era una poesía con una elaboración y un prisma bastante más plural, que sin olvidarse del «nosotros» lo habían hecho pasar por el «yo». Toda poesía que toca hondamente a un lector habla del «yo», pero como nuestro yo comparte muchas cosas con el yo de cada cual, el lector vuelve mi «yo» en su yo, y así funciona y se ensancha el arte... Un compañero me prestó en 1969 la edición delgadita de *Poemas póstumos*, el último libro singular de Gil de Biedma, que en ese momento hacía poco más de un año que había salido... En absoluto puedo decir que me disgustó, pero sí que no me interesó demasiado. El «poundiano» que yo era, difícilmente podía sentirse acorde con aquella otra poe-

sía, si muy elaborada (eso lo aprendí después) aparentemente casi coloquial y más fácil... Años después –no muchos– releí el libro de nuevo y me encantó. He sido amigo y camarada de nocturnidad de muchos poetas del 50, desde Ángel González a Jaime Gil de Biedma, pasando por Paco Brines (fuimos asiduos, cercanísimos en las noches finales de los 70), José Manuel Caballero Bonald o Juan García Hortelano, entre otros. Estoy seguro que de todos ellos he aprendido y no poco, pero frente a los poetas que vinieron después de mi promoción que los han tenido por «maestros» merecidamente, mi asiduidad con ellos cuando aún no eran glorias académicas y la grande pero menor diferencia de edad (tantas y tantas noches en los mismos bares) ha hecho que para mí muchos de estos poetas, a los que aprecio y he apreciado muy de veras, no puedan ser «maestros» –no los veo tan rígidos– sino una suerte de notables hermanos mayores en noches ya perdidas y nada académicas y en lecturas que hice y vuelvo a hacer con provecho y agrado...

De casi todos los poetas de esa generación he aprendido (estén o no en la nómina «oficial», cuánto me gustó por ejemplo *Suicidios y otras muertes* del marginado Costafreda), pero si debo decir dos nombre tutelares y cercanos, en varios órdenes, diría Jaime Gil de Biedma y Francisco Brines, con todo lo que también nos separa. Creo que Jaime (siguiendo a Byron, a Espronceda y a Cernuda, ya en nuestra lengua) es uno de los poetas que mejor entendió, hasta su momento, lo que es el «tono

coloquial del habla» —o de la escritura— referido a un poema. Algunos creen aún (muy equivocadamente) que el «tono coloquial» es llanamente meter el habla natural en el poema. Pero ni es eso, ni si grabásemos «habla» en un magnetófono resultaría nada parecido a un poema... El coloquialismo es una retórica, donde la elipsis más refinada, la pausa y algunas palabras cotidianas (o incluso de germanía) dan al lector la sensación de que al leer está oyendo monologar al poeta. Pero esa sensación es mera apariencia no realidad (lo real sería un magma lleno de anacolutos y torpezas sintácticas) y por eso el coloquialismo es una forma extrema y algo camuflada del arte retórica. Uno cree oír hablar cuando está leyendo una pieza altamente elaborada. Ejemplo notorio de cuanto digo, uno de los más célebres poemas de Jaime Gil, *Pandémica y celeste*. Mi intención en un libro como *Marginalizados* (1993) fue ir más lejos en ese camino de habla que es retórica con camuflaje... Pero es cierto que ya Cavafis hizo algo de esto, en el griego moderno, como en el inglés norteamericano Raymond Carver, y son sólo más ejemplos en un camino que puede estar en los goliardos medievales (con su singular latín) o en algunos poetas ilustrados del XVIII, antes de llegar a Wordsworth, desde luego, y al ya mencionado Byron de su gran «verse-novel», *Don Juan*. No, el coloquialismo no es únicamente moderno, pero es un claro producto de la modernidad.

Creo, desde hace mucho tiempo, que la poesía es plu-

ral y que le convienen y son suyos muchos y muy variados caminos sin que deje de ser delicado y sutil «artefacto». Toda poesía (cualquiera que sea su senda) merece la atención del estudioso y el respeto de los poetas. En España, por el contrario, hay mucho vacío y estéril y a veces envidioso guerracivilismo poético o también poético. Sin embargo nuestra intimidad suele (y es normal) preferir un camino sobre otro, sin que ello conlleve menosprecio ninguno. La poesía que yo prefiero es vital y cálida, emotiva, quizás algo autobiográfica, por supuesto cultista, sin duda –y aquí entra mi particular menester– la que sabe unir diversos niveles lingüísticos, desde el más depurado mandarín que se deleita en cultismos y neologismos, al rápido decir extrarradial, a las voces jergales, a menudo sápidas de aromas terrestres... No es la llamada «metafísica» mi poesía favorita, pero debo a poetas como Rilke, Celan o Valente estupendos instantes de lector. ¿Es Ashbery un poeta esencial de ahora mismo? ¿O ha deshecho sin querer el legado intelectualista de cierto W. H. Auden? Creo que John Ashbery es un poeta fundamental que ha cometido un «pecado» del que ningún escritor está exento, pero que a menudo acaece más con la edad y el éxito: Ashbery –tan notable– se ha repetido no escasamente. Y sus sinfonías de voces de distintas mesas, en el gran banquete de lo vivo, son desde hace unos cuantos libros, las mismas o muy parecidas...

* * *

La poesía hispanoamericana (que quizá bastantes lectores españoles conocen mal, es posible hoy que, al revés, suceda otro tanto) se encuentra entre las cimas de la lírica mundial, sobre todos desde finales del XIX y adelante... Como he dicho empecé con los modernistas, y todavía guardo de memoria sonetos fascinantes de Leopoldo Lugones, el gran escritor suicida argentino que terminó en las vecindades del fascismo (como D'Annunzio) pero que fue un escritor soberbio y a ratos misterioso, y no me refiero sólo, por supuesto, a sus cuentos fantásticos. Sino a un soneto como «Delectación morosa» del gran libro *Los crepúsculos del jardín* (1905) y a un verso en particular, en esa atmósfera de erotismo y melancolía: «Tus rodillas exangües sobre el plinto...» ¿No está ahí, la independencia que Mallarmé soñó para la palabra escrita, y que descubrió Alfonso Reyes, pero en un poema que sí significa, pero tiene múltiples lecturas? Sólo algún modernista, que ya anticipa la vanguardia y que tiene ecos y no de Laforgue, me llegó más tarde. Hablo del solitario peruano José María Eguren, y de algún poema suyo que me cautivó como «El dios cansado» y especialmente la primera estrofa de un poema que no es largo

«Plomizo, carminado
y con la barba verde,
el ritmo pierde
el dios cansado.» (...)

Borges vino muy pronto y primero el poeta, ese poema espléndido titulado «España». Pero luego me hice un adicto a su prosa y hasta perpetré alguna vacua imitación... Pero no es malo hacer eso. Jorge Luis Borges fue un mago escritor total, pero no calibran bien quienes ponen su poesía por debajo de su prosa. Cuando quiero poner un ejemplo de poema insuperable (pues parece muy fácil, casi como escrito al desgaire, y es difícilísimo) siempre pienso con emoción en *Poema de los dones*: «Nadie rebaje a lágrima o reproche / esta declaración de la maestría / de Dios, que con magnífica ironía / me dio a la vez los libros y la noche.»(...). Como diría un castizo: Se puede ser igual –difícilmente–, mejor, no.

Naturalmente están Vallejo (tan suyo), Neruda (tan caudaloso) y Paz (tan inteligente). Neruda me fascina a ratos y pese a algunos espléndidos poemas, el Paz ensayista (que es un prosista magnífico) suele, no siempre, seducirme más que el estricto poeta. Tengo muy a honra y suerte, haber conocido y tratado –a unos más que a otros– a autores como Vicente Aleixandre, Borges u Octavio Paz. Luego llegan autores más nuevos y aún no plenamente dirimidos, el peruano José Watanabe, prematuramente fallecido, el chileno Óscar Hahn, el mexicano José Emilio Pacheco, sobre quien escribí un librito (editado en 1986) que acaso pueda tachar de precursor... Para mí, Hispanoamérica es una parte viva y fecundante, y no ceso de extrañarme de la mala comunicación actual entre las dos orillas atlánticas (creo que en

este momento para perjuicio mayor de los españoles) en una edad que se dice «de la comunicación», cuando por ejemplo en la etapa modernista –a principios del siglo XX– el intercambio era mayor y más ágil... Misterios de una modernidad que (quizá por dinero) no funciona igual en todos los ámbitos.

* * *

Todos los poetas españoles posteriores hemos estado marcados, con filias y fobias, por la llamada «Generación del 27», en la que hay poetas muy variados, como es lógico. Yo fui un enamorado juvenil del *Cántico* de Jorge Guillén, pero si debo decir dos poetas que me marcaran, naturalmente digo Luis Cernuda y Vicente Aleixandre. El primero porque su trayectoria y su calidad cuadran en muchos momentos con lo que entiendo por poesía, en varios caminos, que Cernuda recorrió con esmero y rigor. Vicente Aleixandre (aún pareciéndome un gran poeta) está algo más lejos de mis gustos generales, pero desde mi adolescencia hasta su muerte fui un asiduo visitante suyo, y lo he contado como amigo –muchas conversaciones íntimas– y como maestro. Con él (en las tardes de Velintonia) he aprendido mucho sobre el oficio del poeta y mucho sobre la vida y sus secretos... Aleixandre me habló por primera vez, con directo conocimiento de causa pues fueron muy amigos, de la homosexualidad de García Lorca, a quien él siempre decía «Federico», a secas. Yo

he leído mucho a Lorca y *Romancero gitano* (1928) me parece uno de los grandes libros de la poesía española universal. Pero Lorca es tan «él», tan propio su mundo y su modo, que resulta patética toda imitación, aún lejana. Uno debe leerlo (gozarlo) y basta. De Cernuda diré –terminando– que acaso los dos libros suyos que prefiero (con el inevitable «embarras du choix») sean *Invocaciones* y *Desolación de la Quimera*, el central y el último, cuando aquel hombre que aún no era viejo, ya se tenía por tal...

* * *

A todos nos gustan en secreto (o no tanto) algunos «poetas menores», a veces de alta calidad. El gran «poeta menor» no abre ni cierra ningún período, no es el «summum» de lo poético, en el camino que quiera entenderse, pero sin él (sin ellos) la poesía perdería calidad, espíritu y clima. Para mí, entre este tipo de predilecciones, están el peruano César Moro, el italiano Sandro Penna (al que, parcialmente he traducido) o alguien que fue querido amigo y hombre muy singular, el español Julio Aumente, cuya final poesía –dando un giro a lo que había sido el grupo cordobés *Cántico*– muy pocos entendieron o llegaron a leer... Podría añadir, con gusto, al inglés A. E. Housman, autor de perfectos poemas cortos, de fuerte y bello contenido moral, que tienen que ver con sus estudios grecolatinos y con la tradición alejandrina del epigrama. Me gusta ese poema que comienza: «Leyes de

Dios y leyes de los hombres / cúmplanlas quienes puedan, quienes quieran...» Para afirmar, más adelante: «Tengo miedo y me siento extraño / en un mundo que no he creado yo.» Si intentáramos, siquiera superficialmente, una lista de estos «menores» amados, la lista sería nutrida.

Los años que estudié chino (seis, pero en el final de mi adolescencia) me llegaron a permitir, casi como práctica de disección, traducir, con el profesor, que era un expatriado chino de Shangai, llegar a descifrar un poema de Wang Wei, escrito además en una lengua literaria —el *wen yen*— que incluso el chino moderno debe aprender aparte. El chino y el japonés (que tanto tomó, muy singularmente, de la cultura china) son ámbitos culturales muy lejanos a Occidente, y si toda traducción es sin duda y ante todo, «acercamiento», en el caso del chino y en bastante medida también del japonés clásico, ese término de «acercamiento» me resulta mucho más que adecuado, inevitable. Algo queda del original que, obviamente (también porque su caligrafía es un arte) queda muy lejos. Pero ¿cómo no acercarse, en traducciones, a los clásicos chinos del período Tang, al espléndido Po Chu Yi, por ejemplo, o a la rica tradición —siempre estrofas cortas— del *tanka* y del *haikú* japoneses, este último un tanto abusado por moda (no infeliz del todo) en la poesía española última? Debido a los mencionados estudios, mi libro *El viaje a Bizancio* (1976) además de tener detrás a Yeats y a Stevens, contiene también una serie de *tankas* al modo

nipón, lo que no era habitual entonces... Sí, hubiera debido seguir estudiando chino, pero ¿cómo compartirlo con el griego, digamos, y con otra lengua cuya literatura amo especialmente, pero cuya lengua siento nostalgia de no haber estudiado nunca, la rusa? Claro, me hubiera gustado leer en ruso a Ajmátova y a Blok, y a Chéjov y a Esenin, por ejemplo, otro suicida... Pero por mucho apetito intelectual que se tenga (y yo de verdad lo he tenido) nuestras fuerzas a menudo no llegan a tanto... «Domage, mon cher!».

A la hora de escribir un poema suelo necesitar que se entrecrucen en mi interior al menos dos corrientes, sino más. Algo (un suceso o sentimiento, vivido u oído) me hace brotar una idea poemática que da vueltas en mi cabeza, y que para formarse como escritura precisará de un correlato literario, histórico o cultural, en el cual apoyar o entremezclar la idea motriz. En ocasiones estos dos o tres caminos (pues los correlatos pueden ser varios) de enredan y desenredan en mi mente durante días o semanas, hasta que en un momento dado –cuyo acercamiento suele ser dichoso– me siento impelido, a veces muy imperiosamente, a escribir el poema, fruto de esas pasiones y esos entrecruzados. Suelo escribir el poema prácticamente de un tirón y corregirlo un buen rato, después de escrito. A menudo los cambios de esa corrección no son pequeños. Algunas otras veces (pero no siempre) el poema sufre nuevas correcciones –por lo general menores que las primeras– cuando el poema lleva ya meses escrito

y me enfrento a él de nuevo. Casi nunca he querido corregir –contrario en esto a JRJ, que no siempre acertó– poemas escritos muchos años atrás. Me parece, sencillamente, que el clima mental y las circunstancias anímicas de ese lejano tiempo pasaron y es inútil (y vacuo) intentar recuperarlas. Por lo demás yo no seré ya tampoco el mismo. Otra cosa es hacer un poema nuevo (fatalmente nuevo) sobre el tema antiguo, pero a mí –a propósito– casi nunca me ha ocurrido. Ni lo echo en falta.

Suele decirse que en la inmadurez de nuestros primeros poemas (y mi primer libro *Sublime Solarium* se publicó cuando yo tenía 19 años) está ya «in nuce» todo lo que será nuestro mundo literario futuro. He oído el aserto mil veces, y nunca lo he creído del todo, pero tampoco he dejado de creerlo. No hace mucho, sin embargo, al leer en una lectura pública retrospectiva, un poema en prosa de mi primer libro nombrado, un poema titulado «Un monje, en los atrios de la noche, copia un poema mitológico», empecé a considerar que alguna verdad hay en el referido dicho, pues en ese poema en particular me pareció hallar el embrión de muchos temas y preocupaciones o cauces míos del futuro... Compruébelo el lector que tenga curiosidad.

El autor suele preferir su último libro, porque es del que aún está más cerca. Y así yo (aunque ando ya en otro estadio) debiera escoger mi grueso libro de poemas en prosa –muy distintos de los juveniles– *La prosa del mundo*, cuya segunda edición, notablemente ampliada respec-

to a la primera, algo menos de un año anterior, salió en marzo de 2009. Pero hay críticos que dicen que mi mundo poético nace con *Hymnica* y otros que mi libro más redondo es *Huir del Invierno*, no faltando algún particular desenfocado, que me ha declarado alguna vez –y no tenía mala intención– que su preferencia estaba en el libro primero. Yo podría decir que un libro mío que me complace es *Asuntos de delirio* (1996). Pero no deja de ser una corazonada íntima o el recuerdo –en los poemas– de un tiempo turbio y feliz...

Para mí la poesía es, a la vez, una gran necesidad vital y un lenguaje de excelencia. Si la poesía tiene menos lectores que la novela (en un país, en cualquier caso, deficitario en lectores como es España) temo que ello se deba a que no se enseña poesía, no se hace al joven estudiante entrar en su «clima», y como el gran Dante decía del amor, la poesía –en sus múltiples caminos, se puede escoger afortunadamente– es algo «ch'intender non lo può chi non lo prova». Quien no lo prueba no lo puede entender. Es muy justo. Exacto. Pero también muy remediable (más que la ausencia de amor) si hay voluntad. Ojalá se construya o reconstruya, de nuevo aquel clima. Yo aprendí sonetos de Lope de Vega, de memoria, a los catorce años. Terminó volviendo al principio.

Luis Antonio de Villena
Madrid, Octubre-Noviembre, 2009

SELECCIÓN DE POEMAS

EL CARDENAL BEMBO ESCRIBE A LUCRECIA BORGIA

carpe diem quam minimum credula postero

Horacio

chi vuol esser lieto sia:

di doman non c'è certezza

Lorenzo de Medici

Tormenta de rubí, cristal o seno,
una diosa atraviesa el ancho espacio,
y siente el labio aromas de topacio,
cortinas luengas, dulce desenfreno.
Combatir no es posible el viento pleno
que del desierto trae rauda o despacio,
la arena o rosas que con paso lacio
el collar cumple al fin de tu veneno.
Acepta, pues, y omite la costumbre,
estatua juzga el resto de tus días
y el jade de tus labios da a la lumbre.
No pienses en más islas apacibles,
la copa y los perfumes en que fías
todo ya es. Lo demás son imposibles.

De *Sublime Solarium*

FABLIAU DEL ENCUENTRO

Y abriría la puerta y tú estarías allí,
como el árbol, sin saberlo.
Y diría palabras que no son mármol,
ni tampoco melancolía.
Y de ti quedaría, como en el vaso,
el olor de la rosa,
sus pestañas profundas de belleza abisal
como las esmeraldas,
el fulgor de lejanas estrellas que como agua
relumbran y seducen.
Dicen que no puede ser más, vibrar de palmas,
ojos, susurrar de yerba,
pero basta un dardo, no hay defensa,
lo demás es solo saber
que tú puedes llamas y sol y cáliz de pétalos
en el calor de la noche.
Toma en tu casco toda la luna que puedas,
hasta el beso,
y oscurece, oscurece tu lenguaje.
Y de ti quedaría, como en el vaso, no las
palabras, sino el olor de la rosa.

De *Syrtes*

PISCINA

Con un ligero impulso la palanca palpita,
y el desnudo se goza un instante en el aire,
para astillar después en vibraciones verdes
el oro y el azul y la espuma que canta.
Desciendes un momento. Y riela en los visos
del cristal transparente el fuego que galopa
entre las ramas verdes, y es túnica
de seda que amorosa recoge la selva de tu cuerpo.
Te detienes y nadas. El fondo es tu capricho.
Como un solaz de algas que amase tu cabello
te complaces en verte por grutas submarinas.
Y al regresar al sol, nos miras en la orilla,
mientras, toda codicias sexuales, el agua
deseosa, se goza solitaria en tu cintura.

QUERUBES

Entregados al mal y a los deseos,
aman la sangre y los placeres turbios,
el vértigo infinito de los labios,
el peligro que acecha tras las curvas.
Pero su cuerpo es bello y seductores
son sus ojos como ramos lilas,
hay huertos escondidos en sus labios,
cálidos ríos en su piel nocturna.
Todo se desconoce de su origen.
Son una raza extraña de fulgores
hermosos. Ancho dolor de deseos.
Les darías la vida como un ebrio,
porque hay rosas de amor en sus labios,
y nada importa el mal en cuerpos bellos.

De El viaje a Bizancio

UN ARTE DE VIDA

Vivir sin hacer nada. Cuidar lo que no importa,
tu corbata de tarde, la carta que le escribes
a un amigo, la opinión sobre un lienzo, que dirás
en la charla, pero que no tendrás el torpe gusto
de pretender escrita. Beber, que es un placer efímero.
Amar el sol y desear veranos, y el invierno
lentísimo que invita a la nostalgia (¿de dónde
esa nostalgia?). Salir todas las noches, arreglarte
el *foulard* con cariño esmerado ante el espejo,
embriagarte en belleza cuanto puedas, perseguir
y anhelar jóvenes cuerpos, llanuras prodigiosas,
todo el mundo que cabe en tantas euritmia.
Dejar de amanecida tan fantásticos lechos,
y olerte las manos mientras buscas taxi, gozando
en la memoria, porque hablan de vellos y delicias
y escondidos lugares, y perfumes sin nombre,
dulces como los cuerpos. ¡Qué frío amanecer entonces,
qué triste es, qué bello! Las sábanas te acogerán
después, un tanto yermas, y esperarás el sueño.
Del día que vendrá no sabes nada. (No consultas
oráculos.) Te quemarán hastíos y emociones,
tertulias y bellezas, las rosas de un banquete
suntuario, y las viejas callejas, donde se siente
todo, en el verano, como un aroma intenso.
Vivir sin hacer nada. Cuidar lo que no importa.
Y si todo va mal, si al final todo es duro,
como Verlaine, saber ser el rey de un *palacio de invierno*.

EPINICIO

Salta al aire, y arde al sol en un brillo encendido.
El músculo se estira victorioso. Ondea el pelo rubio,
y bailan sedas de agua sobre una piel de oro.
Bulle un río, y el cuerpo es la sed de una batalla.
Los brazos se alargan, y las piernas armoniosas
y brillantes. Se cierra un bosque al cerrar los ojos.
Cantan las manos. El cuerpo adolescente reta al aire.
Como un himno se eleva la figura, y se ondula.
El pelo nada, la piel seduce al ámbar, y el impulso
se transforma en joven música encendida. Salta ahora.
Y es todo victoria. Quien saltó y quien baja es otro distinto.
Y va más allá el milagro porque es otro el que mira.

De Hymnica

GIOVANNI ANTONIO BAZZI

«IL SODOMA»

Sólo la calle me hace falta.
En cualquier acera hallo la Biblia.
El ángel que detiene la mano
de Abraham, o el San Juan joven
que predica en el desierto:
Jordán sus labios y palmeras tiernas.
Lo que pinto, por eso, semeja
otra cosa. Pero es la calle sólo,
la realidad absoluta de este reino.
Todo lo demás es decorado,
simplemente pretexto. Lo que yo
amo, sobre todo, es la vida, el mundo,
la juventud irrepitable, el momento
de la gracia, cruel y transitorio.
Poco me importa que ciertos familiares
no me saluden. O que de mí se diga
que bebo muchas tardes con mozos
de cuerda y pajes que se bañan
en el Tíber. ¡Amo tanto la realidad,
amigo mío, que todos creen que son
fábulas lo que pinto! Sebastián
muriente, o la Troya desolada
de la que huye el crinado Eneas.
Pero no hay nada de eso. Ojos
vistos al azar, cuerpos que amo

en una tarde. Cinturas breves
que arden como la ciudad aquella.
Soy un ladrón de realidad
y creo bien que todo arte es rapto.
Por eso importa más el vivir,
finalmente. Y de una u otra manera,
el artista, señor, es delincuente.

EL VERANO

Es obvio que no ignora su hermosura.
Camina en la mañana, azul y rubio todo como un día de agosto,
esbelto y largo como una tarde cálida,
coronado de flores pasionarias,
engendrando el deseo y encrespando la dicha.
No va a ninguna parte bajo el sol matutino,
entre mujeres sin manga que hacen compra, pasos de *Corpus*,
y torres de gótico tardío, bruñidas de una luz radiante.
Llévame, arrástrame contigo...
(Eres un incendio en un mar verde palma,
o el amor simplemente, con guirnaldas y ruidos.
Pasión y belleza habitan en tus días,
y arcángeles cantores circundan tu camino.)
Llévame, arrástrame contigo...
Ufano en la mañana, mientras tus ojos cantan
y tu figura larga acicatea el ocio en plazuelas con fuente,
palacio y bar antiguo...
Y al volver ya la esquina,
como una *stravaganza* de música barroca,
te vuelves, me sonríes (sabes bien que he mirado)
y me guiñas un ojo, dulce,
feliz,
provocativo...

De Huir del invierno

DIOS DEL AMOR

Podrías ser la vida, pero está muy lejana.
Ni siquiera engañarse resultaría fácil...
La imperfección y el tiempo –la vida– nos separa.
Así es que tú también eres muerte de nuevo.

Hermosa muerte dulce, cuerpo de belleza
perfecta, plenitud, gracia, vida, muerte absoluta.
Y su risa de ensalmo era también la muerte,
y ayer la muerte rubia, y la forma soberbia

de contundente oro, y el sexo y la mirada.
Todo muerte. Su longura de río, el alhelí que
palpas, la humedad de los labios, la penumbra,

el olor suave de su piel y las rosas... Muerte todo.
Fríos mis labios ya de besar tanta muerte,
desnudo y solo, espero la nada o el engaño.

EL PASO DE LA LAGUNA ESTIGIA

A un lado del bosque –por la orilla–
veía extraños fuegos y gritos espantosos.
(Digo bien: *Veía* gritos, porque nada oía.)
Era el aire melancólico y sombrío.
y lo cruzaban pájaros de color ceniza.
No puedo decir que sufriera exactamente,
era una sucesión de agobio, pesadumbre, angustia,
como queriendo llorar y sintiéndote solo.
Al otro lado del agua (un agua esmeraldina,
profunda, portentosa) se distinguía apenas
otro bosque, y una ignota claridad desconocida.
A la vera del agua (sin rumor, pero móvil)
había un viejo desnudo, con crespa barba blanca.
Le dije: ¿Cuál es la verdad, dime;
qué debí haber hecho? ¿Retirarme de todo,
vivir remoto al mundo, en la paz de las sierras?
¿O arder en las batallas y zozobras,
intrigar, morder ansia, escalar arduamente,
herir al semejante con ponzoña enconada?
¿O simplemente entregarme a la carne,
hundirme entre los cuerpos día a día
mientras seca la lengua siente un vacío instante?
¿Qué debí haber hecho? ¿El poder, la soledad,
el amor, el triunfo? ¿A cuál dedicarse?
Y el viejo no se inmutó aunque yo temblase.
Respondió: Cualquier cosa que hicieras, es lo mismo.
No hay verdad aquí. Nada es verdad segura.

Si buscaste el sosiego –sólo eso– y es mucho...
Esta es la única verdad, siguió. Y me mostró
una barca. Esta de ahora es la sola verdad
de cuanto existe. Y me tendió un vaso de agua clara.
Toma, añadió. Me cogió la mano. Y sentí un blando
frío en los pies, al mojarme, subiéndome a su barca.
Al fondo, un raro sol, como violeta y rojo,
que no daba calor, parecía la sangre cuando mana.

De La muerte únicamente

EL JOVEN DE LOS PENDIENTES DE PLATA

Llevaba días viéndole en el bar,
apoyado en la barra y bebiendo cerveza.
Jamás respondió a mis miradas
(que probablemente no viese) y cuando
pregunté a los parroquianos si sabían de él
ninguno –ni los camareros– pudieron darme nuevas.
Apenas hablaba, y aunque joven de cierto,
parecía perdida su mente en lejanías,
como si algo le arrastrase hacia un remoto tiempo.
Moreno, con las botas negras y chaquetón azul,
llevaba en coleta el pelo, y pendientes de plata.
Pero eran sus ojos sobre todo, sus profundos
y grandes ojos garzos, lo que más me impresionaba
en aquel hermoso y triste solitario de la barra.
No: La gente siguió sin saber nada. Y entonces
me decidí (suelo ser muy osado) y me acerqué
y le pregunté, invitándole a la par a otra
cerveza. Me miró sonriendo –sin sorpresa–
y tuvo la actitud del que concede, aunque
apenas dijera una palabra. Tras ciertos circunloquios
vanos, contestó que su oficio era el mar.
Que había viajado mucho, cambiando también
de empresa, y que en fin, estaba muy cansado.
Hablabla un español con acento entre holandés
y brasileño, y mientras decía y bebía (cordial siempre)
perseveraba su dejo de añorante distancia.

Le propuse si quería acompañarme a casa,
y beberse conmigo –oyendo música– la última cerveza.
Sonrió como quien ya supiera, y me hizo otro gesto
indicando la puerta. Mis amigos me vieron salir,
amedrentados, con aquel extranjero de pendientes argénteos.
Y cuando concluimos la cama y las cervezas,
y hablamos de aventuras y pasiones, y del amor
al riesgo, mientras se vestía (cuerpo delgado
y duro, cálido y cobrizo) torné a preguntarle quién era
y como se llamaba, pues nunca dijo el nombre.
Con un leve desdén en la boca perfecta,
me pidió dinero para pasar la noche y replicó
(abrochándose el cinturón y francamente hilarante)
*Ya ves, tío, yo soy el último pirata del mar
de los Sargazos.* Le contesté riendo: ¿Pero aún
queda alguno? Nosotros ya creíamos que todos habíais
muerto. Y entonces, con tristeza, tras tomar el billete,
y a punto de largarse, me miró suavemente:
*Pequé con delirio en los mares de España. Adiós, chico.
No me permiten todavía que muera.* Y escuché el ascensor
y el sonido del viento que en la calle silbaba.

De *Como a lugar extraño*

MADRUGADA EN MADRID, AGOSTO, 1990

Gran Vía noche arriba, florece la heroína en traje negro.
En las miradas sientes agujas sucias, pensiones de miseria,
ojos buscando no sabrías si tumba u otro cuerpo.
Tanta delgadez lunar florece en la Gran Vía,
tanto temblor de manos, tanta ruina de infección y hambruna,
manchas cutáneas, acaso, sidosos fantasmas que murieron,
temor a casi todo, mientras la leche cae del *tetrabric* abierto,
como ese último sueño de aferrarse a una norma...
Escuchas *pillar algo*. Hay un dolor tan denso subiendo
la Gran Vía, la enfermedad vagando, aliada del sexo,
y aquel muchacho en pantalones cortos, sucios, la chica revestida
de huesos esqueléticos, dirías silicóticos peones gaseados.
La Gran Vía nocturna es un hondo pasillo de antracita,
y hay cuartos por detrás de agonizantes solos, sollozos y rateros.
Bajo las casas nobles de principio de siglo –polvorientas–
africanos y yonquis, navajas, viejas putas,
jovencitos oscuros, jeringuillas, travestís y *camellos*
cantan la gloria opaca, la cochambre sin letra de este fin de milenio
macilento

De *Marginados*

LA NAVE DEL CREPÚSCULO

Era un chico con ojeras moradas,
caído en el suelo de un portal de Chueca. Un caserón
enorme, feo.
Lloviznaba en la noche. El frío era impropio de la época.
¿Necesitas algo? Estaba muy pálido.
Los vaqueros en ruinas. Manchas en las manos. Una pupa
en los labios.
¿Puedo ayudarte?
Estoy en el polo sur. No te preocupes.
Es un barco lleno de viejos, hacia el polo sur...
El cielo es blanco y el mar es blanco.
Las olas no hacen ruido. Y la tierra no zumba.
Es el barco de los viejos vestidos de blanco.
Me gusta ¿sabes?
Estás en la vida pero ya no hay vida.
Sólo el mar blanco. Eternamente blanco hacia el polo sur...
¿Qué más, incluso tú, puedes pedir?

AMOR EN TIEMPOS SOMBRÍOS

Eran años de estudio. Sabía muchos de linguales.
y palatales en cólico clásico. Mucho de Clemente alejandrino
y Juan de la lengua de oro... Densos, afilados estudios...
Por eso ahora –al atardecer– abandonaba los viejos
libros e iba a las cuevas de billares de rock,
antros de cerveza y sortijas de plata, botas rudas,
y pelo cortado hasta un extremo paramilitar...
Primero le miraron asustados e irónicos, luego
vagamente agradecidos: *¿Qué te ha dicho el marchoso?*
Miraba el juego y ensoñaba. Imaginaba lo que nunca,
imposiblemente sería suyo. Hablaban lenguas
distintas, sintaxis descoyuntadas, pronunciaciones violentas.
Salvajes cálidos de un ritmo con pastillas y *mais*.
Miraba la vida que no era su vida, sino vivir muy puro.
Por eso dijo una tarde: Quiero que me acompañes,
Bur, y puedes ganarte quince talegos.
Y enrojeció su pelo en lo hondo del parque.
Y le tiznó el cuerpo desnudado de verde.
Y con un spray le aguzó el pene incandescente.
*Grita, Bur, grita y salta. Grita como si fueses
a matar a alguien, corriendo entre los árboles...*
Era una imagen dorada en el ocaso, una imagen
joven de carne salvaje y de sangre limpia.
Por la noche, solo en la libresca cueva,
el maestro escribió en griego ptolemaico:
Vió al sátiro. Vió al nictálope sátiro.
Soñó en la ebria edad de Pan, libérrima.
algún día matará. Y fenecerá este mundo, extenuado.

De Asuntos de delirio

EN LA NOCHE PERDIDA

(*Elsa Lasker-Schüler*)

Esta es la dama rara.
Ojos de tizne negro y pelo negro tinto...
¿Cuántos años tiene la dama rara?
Vieja es y eternamente joven...
Los abalorios, el turbante, los anillos, su extrañeza...
¿Porqué desprende estupor la dama rara?
Óyela hablar.
Cuanto tú has sido la esquina de la vida...
Sus palabras dislocadas, sus manos perturbantes,
sus amores sin final...
Un judío es uno que ha sufrido.
Una amante loca fue una niña herida.
Un maya el habitante de un pozo.
Esta es la dama rara.
Te mira provocativa, inteligente, seductora, absurda.
Su brillo oculta el llanto del Talmud.
Su fulgor, carreras por la callejita del odio.
Porque me despreciaron, nunca he querido ser más.
Esta es la dama rara.
Expresionista, ultramoderna, más allá del mundo.
Vieja es y enormemente joven.
Paladina de todo lo perdido.
Mariscala de las bambalinas.
Luz crepuscular, cristales hindúes,
pulseras de Cachemira...

Un ser brillante y absurdo.
Perdida en la cabellera de la Destrucción
me alojo en la alcoba de la Vida...
Ya no le importa qué dirás.
Esta es la dama rara.
Tadeus Aludra (que la conoció)
la soñaba caminar por el futuro...

De Celebración del libertino

NI MEMORIA NI OLVIDO

Yo quise olvidar, estoy seguro. Incluso
aceleré tanto los caballos lujosos de mi vida
que pude haber llegado más allá del olvido.
Pero si hay arte en olvidar, cuando el recuerdo
vuelve, no como nostalgia sino cual boca viva,
también ha de haber arte en no sucumbir
a esa trepidación de odio, tristeza y futuro
que es el recuerdo no deseado, aquel garfio
que resultó, a la postre, más potente que la fantasía.
Quise olvidar. Quise tapar al niño negro que fui,
a esas tardes tan tristes, a los días violentos,
al extraño odio de unos camaradas de piedra...
Quise habitar un palacio de olvido. Y no pude.
Afortunadamente, dioses, no he podido. Pues si
es un arte olvidar, también lo es (y terrible)
volver virgen a morder aquella fruta podrida.

De Las herejías privadas

CORSARIO

Piernas tensas. Tacones sonoros. Revuelto el cabello negro...
Era o había sido, hasta que la noche descubrió su cuerpo
largo, fibroso, duro. La magnífica belleza angular de su rostro,
la piel tan fina como el agua dulce, chispazos de fósforo.

En sus ojos –turbadores, negros– alguien ha escrito
un día una palabra soez, maravillosa: *Vicio*.
¿Qué significa? ¿Albas largas, cocaína, mujeres muy ardientes
besándole los pies? ¿Hombres que han alabado su terso viril joven?

Tirado, sentado en las ergástulas de la sauna, entre
toallas húmedas y aleteantes aves de silente deseo,
basta contemplar la seda de sus muslos ágiles para

olvidarlo todo. Llama es galán su cuerpo. Ansia, cobra...
La deja ver como un reptil perfecto entre lo oscuro.
Apasionado, alarmante, vicioso. ¿Él o tú? ¡Pero qué importa!

ME BUSQUÉ Y ME REBUSQUÉ A MÍ MISMO

(Heráclito)

¿No has pensado en que todo atardezca?
¿O no está para ti ya atardecido todo?
Oscuridad que surca las calles y los montes,
olas de un mar frío, bajo filos de luna...

¿Este combate es la vida? ¿La espesura
y la lanza, los ponientes de bruma, el todos
contra todos, mientras pájaros sonrín y silban
las serpientes, rocas granates en un poniente frío?

¡Qué importaría el fin de todo, tan absurdo
y tan bello, como el adolescente que acaba con su vida!
Solo veo sombras y cansancio y muerte.

Sueño con un viaje infinito, un cómodo viaje
en un avión sin ruta, seminconsciente, sin puerto ni motivo...
Contra el odio, se nutre el corazón en lejanía.

De Desequilibrios

CRISIS ÚLTIMA EN EL IMPERIO

(Homenaje a William S. Burroughs)

Me dijo que podía darme *noticias*,
si esa palabra aún significaba algo:
Nueva York, desde luego, había desaparecido,
y millones de personas muerto
catastróficamente, echadas al camino,
en las inmensas tormentas polares
que se incrementaban desde el sur de Siberia...
Las redes de comunicación
eran prácticamente inservibles
—apenas había vuelos regulares
o autopistas en uso—
Y el orden —o el desorden—
pertenecía a los Señores de la Guerra...
Estábamos en una aldea del sur
marroquí, donde nada parecía suceder,
aunque la gente estaba aterrorizada,
sin correo, ni autobuses ni televisión.
Me dijo que seguiría hacia el este
y que, quizás, pudiera yo acompañarle.
Te pueden matar fácilmente,
y tú puedes matar, tendrás que hacerlo...
Morir es menos extraordinario que nunca,
con cientos de laboratorios biológicos en llamas,
pero, a cambio, pasase lo que pasara
en un mundo terrible donde la impotencia
había destruido la vitalidad (tal dijo)

y el resultado era este apocalipsis de venganza
o este preludio a un tiempo nuevo
o al vacío finalmente alcanzado
entre crímenes, epidemias y tormenta,
lo cierto era, contra toda esperanza,
que ahora sí éramos realmente libres
y (ya que no supimos organizar la libertad)
ahora, al menos, frenética y terriblemente,
al menos, un corto tiempo, podríamos vivirla...
¿Peligroso?. ¿Cuándo no fue peligroso ser libre?.

De Los gatos príncipes

RÓMULO AUGUSTULO

Querido maestro: Sobre él poco sé decirle. Acaso sea Nadie como casi todos nosotros, fantasmas de fantasmas. Y la vaga idea de lo mucho que pudo ser, de un reino que ni sé si llegó a imaginar, se le diluye en sueños y en catástrofes, en días de paz y moradas raspaduras de incendio. Aquí en la torre de Nápoles contempla a menudo el mar, como si su mudanza fuera lo único continuado cierto. Y tal vez sea verdad. Los que viajan cuentan de muertos y calamidades, arcos rotos entre escoria en los que viven manadas de perros con hambre. Algunos afirman que existe alguna villa remota en Sicilia donde no saben nada o intentan no saberlo. ¿Saber? Que nada queda de lo que fuimos y que las bibliotecas y los hombres cuerdos hablan a necios, ciegos o sordos. El oro brilla sin pulir pues no se estima el pulimento, sino el lingote. Los jefes se tratan como filibusteros y todos maldicen de todos. Si hay Averno no dará abasto para tanta sanguinaria calaña. El más noble es el más cruel, el más feliz el más servil. Un cuello no vale nada y tampoco una mente. Los templos yacen saqueados y las estatuas cubiertas de grafitos vulgares u obscenos. ¿Ovidio? ¿Qué malparido es ese?, gritan quienes trafican con todo al fondo de la taberna. Sucio el mundo y sucia la vida, también las paredes están sucias como el mar y el aire, prietos de incendios y degollina. ¿Esto es el mundo? ¿Esta bazofia, esta cochiguera, este burdel sin belleza, donde todo es horror y ruido, y a unos salvajes suceden otros más áridos y peores, más ineptos y con la voz más alta y más rota? Maestro, incluso en las almenas de un castillo de olvido es arduo seguir. Nadie entiende lo que hablamos. Él sabe quien es. Quizá recuerde el día en que Orestes, su padre, le sentó en un trono de oro, junto a las viejas águilas y con el calzado bordado de pequeñas perlas. Recuerda que una

mujer anciana alabó entonces su delicada belleza mientras los hérulos reían por lo bajo. Sabe que perdió el mundo como todos y que ya no es un muchacho, ni mucho menos. Lleva su propia moneda en un saquito, y a veces me dice, cuando le leo viejas historias a la luz de los candiles: ¿Esto es el mundo, Otón? ¿Esto la vida, el reino, el placer, la ceniza? ¿Para qué habré venido? Y yo no sé responder. No conozco otra respuesta que el sol y la marina. Pero sé que no bastan ni a él, ni para mí siquiera. El desconsuelo es el íntimo hábito de los que no existimos.

El año 476 e incluso este opaco 511 se repetirán y repetirán toda la vida. Fantasmas entre desconchadas piedras. Fantasmas. ¿Para qué habré venido?

FEDRA

Lo he visto saltar la tapia, para huir. ¿Por qué? El mito es absurdo. Y en la vida hay sólo vida. Desnudas las piernas largas (tan bellas) se le enredan a las ramas peladas de los árboles, y el pelo es una gresca maravillosa y deshecha, mientras entreveo el sexo (la más vulgar deseosa) entre el ancho calzoncillo cogido al azar entre las viejas prendas de su padre, inútiles... Rómpete, tela sucia (pensé) y que mi amorcito no se avergüence del tesoro casi visible, del torso desnudo y los ojos de miel, porque su madre lo ama, como los pájaros y el sol de junio y el humo hostil de las chimeneas que se arrodilla... ¿Quién no diría a su esplendor, en ti comienza la vida? ¿Quién no lo haría perseguir por los sabuesos, pero degollaría al que apenas rozase su piel de magnolia, sus labios mordidos levemente por esos dientes de luna, mientras cree que huye hacia el garaje arriba? Dulce Hipólito. El amor es más lejos. Y el deseo es más lejos todavía. Yo lameré tu cuerpo como una lluvia, y tu belleza estallará en mis manos oferentes. Porque nada calmará mi amor sino tu desmayo saciadísimo, ni mi sed otra fuente que el hon-tanar que celas y se encrespa. Saco tu vello aún de mi boca y mis manos de tu fin y mi caricia de la longitud de tus piernas, y otra vez más mis manos de tu perfección mareante como lo perfecto. ¿Pero en verdad dormías? ¿En verdad ignoras tu humedad, tu salvaje perfume a tierra fértil, mi embriaguez codiciosa y absoluta? El amor no tiene límites. Y ninguno el deseo. Nadie hay más bello que tu, cachorro. Y es absurdo pensar que soy la mujer de tu padre, porque tu madre ha muerto. No me saciaré de ti, mi dulce muchacho. No ignores que te copié las llaves de tu apartamento. Hipólito, goza. Eres hermoso al huir y hermoso en el lecho, que revuelve tu pelo y alarga tu sexo. ¿Nunca te desnudó una mujer treinta años mayor que tú? Tu padre

sueña en sus negocios y sus vuelos. Yo sola te amo delirantemente. Y no tengo miedo, no puedo tener miedo al esplendor de tu joven belleza. Hasta luego, precioso. Que no hieran tu piel esas secas cortezas. Guárdame tu muerte, y por favor, toda, toda tu vergüenza...

De La prosa del mundo

GATOS

Ahora me acuerdo de los gatos de mi casa.
De la vieja casa de mis abuelos,
llena de sol y uvas los veranos
y de nieve y de leña los inviernos...
Mariposa era blanca y negra...
Tabita (a la que yo más quise)
plural de colores vivos.
Gatos comunes y preciosos,
ágiles, mimosos, esbeltos,
que me devuelven a una infancia
que a ratos creo triste
y otros días feliz y luminosa,
como los años en que ocurrió,
tan luminosos y oscuros...
Preciosos gatos de mi infancia,
acordáos de mí desde el cielo de Anubis.
Yo soy (lo sabéis bien)
aquel niño que os quiso tanto
y que siempre tenía nostalgia.
Soy la melancolía de la melancolía.

EDUARDO

Según Baudelaire la belleza
es una mezcla impune de voluptuosidad y tristeza
melancólica: Baudelaire era romántico.
Los clásicos ven y levantan
una belleza más fría. No hielo o de hielo, cálidamente
imperturbable, lejana, aunque cerca, viva, tremante...
Recuerdo tus ojos como dos lagunas en azul,
tus labios hechos de pasta de flores,
el caballete egregio de tu nariz,
tu cuerpo alto, esbelto, que todo lo decía no diciendo apenas.
Belleza perfecta, inmóvil, inmisericorde,
belleza que yo miré infinitas veces y no alcancé y alcancé nunca.
Belleza que deseé fuera del tiempo,
hermosa, tierna, gélida, caliente.
Belleza de carne, flores, gema y sacrificio.
Belleza de la belleza que hoy, viva, siempre viva,
melancólica y voluptuosamente,
me hace lagrimear como un orate...
Tú, aún tú:
Impertérrita, impertérrito.

Poemas inéditos

BIBLIOGRAFÍA DE LUIS ANTONIO VILLENA

POESÍA

LIBROS

- Sublime Solarium*, Ediciones Bezoar, Madrid, 1971.
Hymnica (Antología), Ediciones Guadalhorce, Málaga, 1975.
El viaje a Bizancio, Ediciones Guadalhorce, Málaga, 1976.
El viaje a Bizancio, Colección Provincia, León (Ed. definitiva del mismo libro anterior), 1978.
Hymnica, Ediciones Hiperión, Madrid, 1979.
Huir del Invierno, Ediciones Hiperión, Madrid, 1981. (Premio de la Crítica).
Un paganismo nuevo (Antología), Ediciones Olifante, Zaragoza, 1981.
Poesía 1970-1982 (Obra completa, con prólogo de José Olivio Jiménez), Ediciones Visor, Madrid, 1983.
La muerte únicamente, Ediciones Visor, Madrid, 1984.
Marginados (Antología), Ediciones La pluma de águila, Valencia, 1986.
Poesía 1970-1984 (Ampliación de la anterior obra completa), Ediciones Visor, Madrid, 1989.
Como a lugar extraño, Ediciones Visor, Madrid, 1990.
Marginados, Ediciones Visor, Madrid, 1993.

- La belleza impura (Poesía 1970-1989)*, Ediciones Visor, Madrid, 1995.
- Asuntos de delirio*, Ediciones Visor, Madrid, 1996.
- Celebración del libertino*, Ediciones Visor, Madrid, 1998, (XIX Premio Ciudad de Melilla).
- Afrodita mercenaria*, Ediciones Árgoma, Santander, 1998. (Antología temática con algunos inéditos.)
- Syrtes* (escrito en 1972), Ediciones DVD, Barcelona, 2000.
- Las herejías privadas*, Ediciones Tusquets, Barcelona, 2001.
- 10 sonetos impuros*, Ediciones Renacimiento, Sevilla, 2003. (Anticipo de *Desequilibrios*.)
- Desequilibrios*, Ediciones Visor, Madrid, 2004.
- Alejandrías (Antología)*, Ediciones Renacimiento, Sevilla, 2004.
- Los Gatos Príncipes*, Ediciones Visor, Madrid, 2005.
- La prosa del mundo*, Ediciones Visor, Madrid, 2007, (Premio Viaje del Parnaso.)
- Honor de los vencidos (Antología)*, Fondo de Cultura Económica de España, S.L., 2008.

ENSAYOS

- El dandismo*, Ediciones Felmar, Madrid, 1974, (Incluye traducciones de Baudelaire, Barbey y Balzac.)
- La revolución cultural (Desafío de una juventud)*, Ediciones RTV Planeta, Barcelona, 1975.

- Antología general e introducción a la obra de Manuel Mújica Lainez*, Ediciones Felmar, Madrid, 1976.
- Dados, amor y clérigos*, Ediciones Cupsa, Madrid, 1978.
- Catulo*, Ediciones Júcar, Madrid, 1979.
- Oscar Wilde*, reeditada en Planeta en 2001 (corregido y aumentado) bajo el título de *Wilde Total*.
- Corsarios de guante amarillo*, Ediciones Tusquets, Barcelona, 1983.
- El razonamiento inagotable de Juan Gil-Albert*, Ediciones Anjana, Madrid, 1984.
- José Emilio Pacheco*, Ediciones Júcar, Madrid, 1986.
- La tentación de Ícaro*, Ediciones Lumen, Barcelona, 1986.
- Máscaras y formas del Fin de Siglo*, Ediciones Libros del dragón, 1988. (Reeditado en Ediciones Valdemar, Madrid, 2002).
- A la contra*, Editora Regional de Extremadura, 1989.
- Yo*, Miguel Ángel Buonarroti, Editorial Planeta, Barcelona, 1991, (Reeditado en 2005 con el título *Miguel Ángel. El genio nocturno.*)
- El libro de las perversiones*, Editorial Planeta, Barcelona, 1992.
- Leonardo Da Vinci (una biografía)*, Editorial Planeta, Barcelona, 1993.
- Antibárbaros*, Editorial Renacimiento, Sevilla, 1994, (Artículos.)
- Carne y tiempo (lecturas e inquisiciones sobre Constantino Kavafis)*, Editorial Planeta, Barcelona, 1995.

- Lecciones de estética disidente*, Editorial Pre-Textos, Valencia, 1997.
- Biografía del fracaso*, Editorial Planeta, Barcelona, 1997.
- El ángel de la frivolidad y su máscara oscura (Mundo y literatura de Álvaro Retana)*, Editorial Pre-Textos, Valencia, 1998.
- Teorías y poetas*, Editorial Pre-Textos, Valencia, 2000.
- Caravaggio, exquisito y violento*, Editorial Planeta, Barcelona, 2000.
- Diccionario esencial del fin de siglo*, Editorial Valdemar, Madrid, 2000.
- Wilde total*, Editorial Planeta, Barcelona, 2001.
- Los andróginos del lenguaje*, Editorial Valdemar, Madrid, 2001. (Artículos.)
- Mitomanías*, Editorial Planeta, Barcelona, 2002.
- Luis Cernuda*, Ediciones Omega, Barcelona, 2002.
- Rebeldía, clasicismo y crisis* (Luis Cernuda, asedios plurales a un poeta príncipe), Editorial Pre-Textos, Valencia, 2002. (Artículos.)
- Madrid*, Ediciones Península, Barcelona, 2004.
- La felicidad y el suicidio*, Editorial Bruguera, Barcelona, 2007.
- Parejas de sexo igual*, Editorial Littera, 2007.
- Héroes, atletas, amantes (Historia esencial del desnudo masculino)*. Ediciones Península, Barcelona, 2008.
- Decadencias*, Universidad de Valladolid. Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, 2008.

ENSAYOS EN COLABORACIÓN

- Con Juan Gil-Alberti y Jaime Gil de Biedma:
Luis Cernuda, Ediciones de la Universidad de Sevilla,
1977. (El texto de Villena está ahora recogido en su
libro sobre *Cernuda Rebelde, Clasicismo y Crisis*.)
- Con Fernando Savater:
Heterodoxias y contracultura, Editorial Montesinos,
Madrid, 1982.

NARRATIVA

- Para los dioses turcos*, Editorial Laertes, Barcelona, 1980.
(Reeditado en Editorial Planeta, dentro de *La
fascinante moda de la vida*.)
- Ante el espejo*, Editorial Argos-Vergara, Cerdanyola,
Barcelona, 1982. (Reeditado en Editorial
Mondadori.)
- Amor Pasión*, Editorial Laertes, Barcelona, 1983.
(Reeditado en Espasa-Calpe.)
- En el invierno romano*, Plaza & Janés Editores,
Barcelona, 1986. (Reeditado en Editorial Planeta,
dentro de *La fascinante moda de la vida*.)
- Chicos*, Editorial Mondadori, Madrid, 1989. (Reeditado
en Editorial Planeta, Barcelona.)
- Fuera del mundo*, Editorial Planeta, Barcelona, 1992.
- Divino*, Editorial Planeta, Barcelona, 1992.
- El tártaro de las estrellas* (cuentos), Editorial Pre-Textos,
Valencia, 1994.

- El burdel de Lord Byron*, Editorial Planeta, Barcelona, 1995. (Premio Azorín.)
- Fácil*, Editorial Planeta, Barcelona, 1996.
- El charlatán crepuscular*, Editorial Planeta, Barcelona, 1997.
- Oro y locura sobre Baviera*, Editorial Planeta, Barcelona, 1998.
- La fascinante moda de la vida*, Editorial Planeta, Barcelona, 1999.
- Madrid ha muerto*, Editorial Planeta, Barcelona, 1999.
- El mal mundo*, Ediciones Tusquets, Barcelona, 1999, (XXI Premio *La sonrisa vertical*.)
- Pensamientos mortales de una dama*, Editorial Planeta, Barcelona, 2000.
- La nave de los muchachos griegos*, Ediciones Alfaguara, Madrid, 2003.
- El bello tenebroso*, La esfera de los libros Editorial, Madrid, 2004.
- Huesos de Sodoma*, La Odisea Editorial s. 21, Madrid, 2004.
- Patria y sexo*, Ediciones Seix Barral, Barcelona, 2004.
- Los días de la noche*, Ediciones Seix Barral, Barcelona, 2005.
- Retratos (con flash) de Jaime Gil de Biedma*, Ediciones Seix Barral, Barcelona, 2006.
- Mi colegio (Esplendor de tormento de un escolar adolescente)*, Ediciones Península, Barcelona, 2006.
- El sol de la decadencia*, El Aleph Editores, Barcelona, 2007.

ÍNDICE

PÁG.

Estilo: nuevo paganismo, moral nueva	5
Selección de poemas	35
El Cardenal Bembo escribe a Lucrecia Borgia	35
Fabliau del encuentro.....	36
Piscina	37
Querubes	38
Un arte de vida	39
Epinicio	40
Giovanni Antonio Bazzi «Il Sodoma»	41
El verano	43
Dios del amor	44
El paso de la laguna Estigia	45
El joven de los pendientes de plata	47
Madrugada en Madrid, agosto, 1990	49
La nave del crepúsculo	50
Amor en tiempos sombríos	51
En la noche perdida	52
Ni memoria ni olvido	54
Corsario	55
Me busqué y me rebusqué a mí mismo	56
Crisis última en el Imperio	57
Rómulo Augustulo	59
Fedra	61
Gatos	63
Eduardo	64

Bibliografía de Luis Antonio de Villena	65
Poesía (Libros).....	65
Ensayos	66
Ensayos en colaboración	69
Narrativa	69

*Creada en 1955 por el financiero español Juan March Ordinas, la **Fundación Juan March** es una institución familiar, patrimonial y operativa, que desarrolla sus actividades en el campo de la cultura humanística y científica.*

Organiza exposiciones de arte, conciertos musicales y ciclos de conferencias y seminarios. En su sede en Madrid, tiene abierta una biblioteca de música y teatro. Es titular del Museo de Arte Abstracto Español, de Cuenca, y del Museu Fundación Juan March, de Palma de Mallorca.

A través del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, promueve la docencia y la investigación especializada y la cooperación entre científicos españoles y extranjeros.

PYP

[26]



Fundación Juan March